



GISCARD-GADDAFI: UN PULSO EN AFRICA A FRANCIA LE DUELE EL CHAD



Aunque no se ha disparado ni un solo tiro galo, o quizá precisamente por eso, la imagen de Francia en Africa ha sufrido en el Chad su más estrepitosa derrota desde la época de Argelia. A pesar de todas las promesas y las amenazas, a pesar de esa fuerza de intervención rápida de la que Giscard (El Africano) se muestra tan orgulloso y con la que se ha contado siempre para sostener una ambiciosa política exterior en el Africa francófona, lo cierto es que el Eliseo parece haber aceptado con insólita resignación un espectacular vapuleo militar, político y moral, por parte de Gaddafi.

Libia ha conseguido su cabeza de puente en el Africa sahariana. En Yamena se ha consolidado un Gobierno aliado, que hoy por hoy debe a Trípoli la supervivencia, y el «candidato» francés, el ex primer ministro y ex ministro de la Defensa Hissen Habré, es un fugitivo que reagrupa sus fuerzas en Camerún. La revolución islámica se incrusta como un hachazo en Africa. Y si bien es cierto que la anunciada fusión de Libia y Chad en un solo estado se verá aplazada, según palabras del propio Gaddafi, no cabe la menor duda de que, con fusión o sin ella, el régimen de Trípoli ha logrado su mayor victoria en lo que se refiere a influencia exterior. Se trata de la primera vez que las tropas libias ganan una guerra fuera de sus fronteras y, además, al extender su influencia a un país vecino, Gaddafi rompe el aislamiento geográfico y amplía su frente estratégico de cara a nuevas aventuras islámicas.

● LA PASIVIDAD FRANCESA

Todo ello ha sido a costa de Francia, y París no ha hecho nada por impedirlo. ¿Por qué? En apariencia, se trata de un misterio. Ya en los días que precedieron a la conferencia de Lagos, que tuvo lugar durante el pasado diciembre, en medios franceses y africanos circularon intensos rumores sobre una inminente intervención militar galea en el Chad, para contrarrestar la creciente penetración libia. Según los informes, los paracaidistas y legionarios de la fuerza de intervención francesa estaban dispuestos para trasladarse por vía aérea a Yamena y sostener a Hissen Habré contra su adversario Gukuni Uedde, apoyado por artillería y blindados libios. Incluso el 14 de diciembre, cuando la guerra chadiana estaba en su punto crítico, la Presidencia de la República francesa difundió una nota en la que se advertía implícitamente a Libia contra toda intervención, mencionándose incluso la posibilidad de recurrir a medios militares para impedir que el balance se decantase hacia el lado de Trípoli. Sin embargo, cuando la Legión Islámica de Gaddafi asestó los golpes decisivos, los soldados franceses permanecieron en sus cuarteles, y París se limitó a efectuar ciertos movimientos de peones en los países limítrofes, renunciando, sin embargo, a intervenir directamente en el Chad.

Algunos observadores pretendieron buscar la clave de la pasividad giscardiana —crudo contraste con la decisión mostrada antaño en Kolwezi y Centroáfrica— en razones electorales. El Presidente galo, según estas opiniones, no desea embarcarse en operaciones de corte neomperialista, temiendo el daño que tal aventura podría causar a su imagen en vistas de elecciones. Sin embargo, tales motivaciones pueden ser rápidamente descartadas. Giscard, que, a falta de otra cosa mejor, cuenta con el Africa francófona para conservar esa imagen de «grandeur» exterior que le es tan cara, no es hombre a quien llevar a cabo golpes de mano en el continente negro le quite el sueño. Por el contrario, se muestra abier-

PARA las potencias occidentales con intereses en Africa, y para los regimenes aliados de la zona, la solución militar que con el concurso de Gaddafi ha conocido la crisis del Chad está haciendo sonar los timbres de alarma. La consolidación en el poder de un gobierno pro-libio, la presencia militar de Trípoli y el carácter de peligrosa cuña apuntando hacia el corazón de Africa que tiene el Chad, son otros tantos motivos de inquietud. Una inquietud que no se ve atenuada por la reciente declaración del coronel Gaddafi, en el sentido de que la proyectada fusión política libio-chadiana no se llevará a cabo por el momento. Con fusión o sin ella, se asegura, Libia está allí, y con ella la inestabilidad para el Africa pro-occidental. Francia, que se ve amenazada en la que tradicionalmente ha sido su zona de influencia, se debate bajo intereses comerciales y políticos. En París, Arturo Pérez-Reverte ha buscado las claves del conflicto.

■ La imagen de París ha sufrido su más grave deterioro desde la época de Argelia

■ La influencia libia en Yamena, motivo de inquietud para los regimenes prooccidentales africanos

tamente partidario de tales métodos para conservar la confianza de los regimenes africanos «moderados» y prooccidentales, que cuentan con que los paracaidistas franceses les saquen las castañas del fuego ante Gaddafi y ante quien haga falta. Una confianza, por cierto, que los acontecimientos chadianos acaban de poner en tela de juicio. Libia se ha convertido en una especie de «bestia negra» para los regimenes prooccidentales de la zona, y prueba de ello son las palabras de Omar Bongo, Presidente de Gabón, cuando afirma que «La amenaza libia ha llegado ya hasta Centroáfrica, en donde se nos señala desde hace tiempo la infiltración de agentes de Trípoli y en donde algunos dirigentes políticos cuentan con el apoyo de Gaddafi. La tentativa de golpe en Gambia, el complot frustrado recientemente en Mauritania, son igualmente imputables a los libios. El Alto Volta, si el coronel Zaye Zerbo no hubiese tomado el Poder, habrían sido los oficiales favorables a las ideologías extendidas por Libia.»

● ¿FEDERACION SAHARIANA?

El estado de ánimo de Omar Bongo se ve compartido por sus colegas de la zona, que coinciden en denunciar una larga serie de actividades subversivas dirigidas por el inquieto revolucionario de Trípoli. Sea cual sea el matiz político de los dirigentes, quienes se encuentran en el área experimentan sudores fríos cada vez que el nombre de Gaddafi les viene a la memoria, lo que ocurre varias veces al día. Han pasado ya los tiempos en que al dirigente libio se le situaba con un par de rasgos folklóricos y una sonrisa divertida. Gaddafi juega en serio, juega a todas las bandas, y juega para ganar. En el Chad ha comenzado a hacerlo. Está dispuesto a exportar la revolución islámica, su revolución, al mundo árabe y al Africa sahariana. Con el Libro Verde en una mano y el Corán en la otra, con la cartera repleta de petrodólares, el coronel libio y sus oficiales se han lanzado de lleno a la aventura. Sus oponentes aseguran que pretende crear un conjunto «árabe-islámico-sahariano», una especie de federación, constituida por las poblaciones árabes que hoy se reparten, merced a los caprichos del trazado de fronteras colonial, en diversos países a menudo

artificiales, de los que el Chad es uno de los más claros exponentes. Y todas estas pretensiones, que sólo serían preocupantes si se trabajase por ellas mediante la acción política exclusivamente, se convierten en motivo de alarma para los gobiernos regionales cuando comprueban que Gaddafi está resuelto a apoyarlas también con la fuerza de las armas.

Se contaba con Francia para que sus tropas cortasen el paso a Gaddafi, pero Giscard no ha movido un dedo, limitándose a las condenas verbales. Tal actitud, que en apariencia es un misterio, resulta comprensible cuando se analiza el contenido de los acuerdos comerciales establecidos entre Francia y Libia. Desde hace una decena de años, París sólo compra a Trípoli un dos por ciento del petróleo que consume Francia, pero en cambio Gaddafi resulta uno de los mejores clientes de la industria de armamentos galea. Y si los responsables de la política exterior francesa se suben por las paredes cuando se menciona a Gaddafi, a los responsables de la industria militar se les empañan, sin embargo, los ojos de ternura y gratitud. En 1970, Libia adquirió 114 aviones Mirage, y en 1978 otros 50, además de 19 helicópteros, 10 lanchas rápidas y material diverso, sin olvidar unas extrañas entregas de uranio a Trípoli por parte de Níger, país ahijado de Francia. Numerosos nuevos contratos están en curso de negociación, y como es sabido que cuando crece la tirantez política Libia encuentra pronto inexplicables dificultades para pagar sus facturas, los industriales franceses no olvidan la amenaza de Gaddafi de echar al cesto de los papeles las mutuas relaciones comerciales. En estos momentos, sin ir más lejos, la sociedad Aérospatiale espera firmar un contrato de venta de helicópteros, y Thomson-SCF tiene sobre el tapete diez lanchas lanzamisiles que se construyen en Cherburgo y la instalación en Sebha de una estación de radar y detección que puede interferir las comunicaciones por radio de países potencialmente enemigos —incluyendo las de la propia Francia—. Y si a todo ello añadimos los contratos de la industria civil, encontramos un hermoso panorama de intereses comerciales con Libia.

Así se explica, claro, parte de la pasividad de Giscard ante la cuestión del Chad. Una cosa es la «grandeur», y otra, bien distinta, los negocios.

(Continuará)



Paracaidistas franceses. La fuerza de intervención de Giscard

Arturo PEREZ-REVERTE,
enviado especial





GISCARD-GADDAFI: UN PULSO EN AFRICA ② "CORDON SANITARIO" EN TORNO AL CHAD

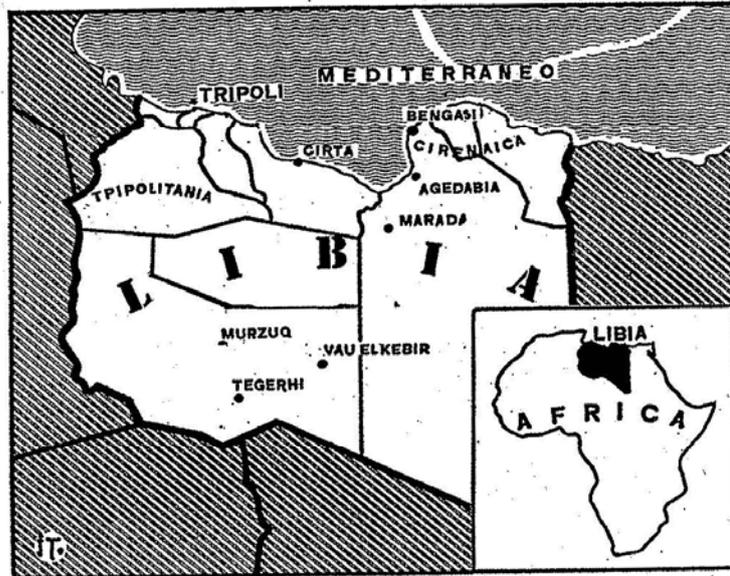


CUANDO se plantean a los dirigentes libios las acusaciones de intromisión en asuntos de otros países, como las que a raíz de la crisis del Chad ha lanzado Francia, en Trípoli se encogen de hombros. «Se trata de pura y simple hipocresía —afirma un alto cargo diplomático—. Durante años, Francia ha estado interviniendo en asuntos africanos y muy especialmente en el Chad. Los paracaidistas franceses actuaron en Shaba y dieron un golpe de Estado contra Bokassa, en Centroáfrica. Hay tropas y consejeros franceses en numerosos países francófonos, y contra París no se protesta, a pesar de que Libia es africana y Francia es un país europeo y lejano. Además, en el Chad nos hemos limitado, por razones de seguridad regional, a apoyar al presidente de un Gobierno legalmente constituido, contra un disidente que gozaba del beneplácito de París. Chad tiene frontera común con Libia; ¿cuál es su frontera con Francia? Habría que hablar seriamente sobre quién se entromete en los asuntos de quién.»

Tras la victoria de las fuerzas pro-libias en el Chad y el reforzamiento de lazos entre Nyamena y Trípoli, el prestigio de Francia en la zona ha sufrido un golpe tan duro que algunos de los países tradicionalmente francófilos han comenzado a hacerse graves preguntas sobre la credibilidad de las promesas efectuadas por París. El «paraguas» defensivo galo ha demostrado tener ciertos inquietantes agujeros, y ello puede desembocar en un grave desastre diplomático para Giscard. Ciertos aliados regionales empiezan a pensar si no sería más prudente seguir los ejemplos de Sudán, Nigeria y Egipto, y cambiar la protección militar de París por la de Washington, ahora que Reagan ha desenterrado el hacha y USA parece dispuesta a cabalgar de nuevo.

Además, se opina en estas capitales africanas, es posible que la crisis creciente en la que se instala la mitad noroccidental del Continente rebese ya las posibilidades de Francia, a pesar del esfuerzo de este país por conservar su carácter de potencia tutelar en la región. Gaddafi, se asegura, no hubiera podido montar una operación militar como la que llevó a la victoria a su aliado Gukuni Ueddei sin ayuda de la URSS y de Alemania Oriental. El asunto chadiano, se indica con alarma, no es sino una nueva faceta de la penetración soviética en África, y éste es un problema que a la Francia de Giscard, a pesar de sus afanes de grandeza, le viene demasiado ancho.

Esa impotencia francesa, se indica en París, sólo ha sido temporal y concerniente al Chad. Para devolver la confianza a sus aliados e impedir de paso que éstos busquen otro padrino benefactor más decidido, Giscard acaba de lanzar una ofensiva diplomática «touts azimuts» —como gustan de decir en el Quai d'Orsay— para inyectar calma y confianza en los países francófonos de la zona y calmar ese curioso temblor cervicigo que con las últimas maniobras libias parece haberse adueñado de numerosos dirigentes. Inmediatamente después de la conquista de Nyamena por las tropas de Gukuni Ueddei y sus aliados islámicos Giscard presidió un pequeño consejo de guerra en el Eliseo, en el curso del cual decidió establecer una especie de «cordón sanitario» militar alrededor de las fronteras chadianas. Cuatro aviones de combate «Jaguar» y un «Breguet Atlantic» aterrizaron inmediatamente en Centroáfrica, la misión militar gala en Níger se aumentó a 25 oficiales y se dieron garantías a todos los países africanos afectados por la cuestión de que cualquier petición de ayuda militar será inmediatamente atendida. El 8 de enero, por otra parte, el ministro francés de la Cooperación, François Poncet, desembarcaba en



- En una reacción tardía, Francia ofrece seguridad militar a los preocupados países africanos fronterizos
- El derrotado Hissen Habre espera pasar a la contraofensiva con apoyo egipcio y norteamericano

Abiván para asegurar que Francia está dispuesta a asumir en el futuro cualquier riesgo para garantizar la estabilidad de los países africanos que se sienten amenazados por Gaddafi.

De paso, François Poncet explicó también la versión oficial del Eliseo sobre las razones que impidieron la actuación de las tropas francesas en el Chad, frente a la ofensiva libia: «No podíamos mantenernos en un país que la OUA y los propios dirigentes chadianos nos habían pedido abandonar. Por otra parte, intervenir militarmente habría supuesto un mes de guerra. Hubiera sido necesario efectuar una reconquista total del país, lo que habría requerido la actuación de al menos 30.000 hombres. Eso, Francia no podía hacerlo por propia iniciativa. Si hubiese existido un llamamiento claro de los Estados limítrofes para que interviniésemos, lo habríamos hecho. Pero ese llamamiento no se produjo...» En otras palabras, el ministro francés vino a decir a los Gobiernos africanos de la región que si en el futuro éstos desean una intervención militar de Francia deben pedirla, y hacerlo además en voz alta, claramente y sin reticencias. Si ello sucede un día, señalan en París fuentes militares, y los países de la zona reclaman unánime y expresamente una intervención francesa para barrer la «invasión» libia, Francia aceptará el desafío. «Al fin y al cabo —como señala un coronel de la fuerza de intervención gala—, Gaddafi no es Rommel.»

¿Bravatas o intenciones reales de intervención? La incógnita queda en el aire. Lo que sí es cierto es que la política africana de Giscard no es ni tan clara ni tan

monolítica como al Eliseo le gusta aparentar. El mismo Ministerio de Asuntos Exteriores galo, por otra parte, está dividido entre un grupo «pro libio», encabezado por Serge Boidevaix, director de África del Norte y Oriente Medio, y otro «africano», dirigido éste por Jean Harly, y tales querrelas internas, que dificultan la

adopción de una actitud coherente sobre el conflicto chadiano, se ven redondeadas por el miedo a que Gaddafi cumpla sus amenazas y declare el boicót económico global a Francia, si ésta intenta ponerle la zancadilla en África. Precisamente hace sólo unos días, el coronel libio ha denunciado el incremento de la presencia militar gala en las fronteras de Chad, asegurando que «cualquier acción militar contra el Chad lo sería contra Libia», y que Trípoli se lanzará a la guerra económica contra París si Francia «hace una estupidez contra el pueblo libio e interviene en cuestiones que afectan a su seguridad».

Y eso no es todo. Porque según aseguran las lenguas de doble filo, Gaddafi tiene otras cartas escondidas en la manga. Según estas versiones, que los portavoces de Giscard se han apresurado a calificar de «malintencionadas», el Eliseo y el Quai d'Orsay están siendo sometidos a una especie de chantaje político-moral. Cuando hace un año la Embajada gala en Trípoli fue asaltada por los manifestantes libios éstos lograron acceder a los archivos secretos del recinto —hecho hasta aquí reconocido por París—, y entre los documentos hallados habría algunos de carácter altamente confidencial sobre diversos aspectos poco ortodoxos de las actuaciones francesas en África: asunto de madame Claustre, derrocamiento de Bokassa y viaje de éste a Trípoli, diamantes regalados a Giscard d'Estaing por el hoy difundido emperador de Centroáfrica, etcétera, etcétera y varios etcéteras más. Siempre a tenor de tan perversos rumores, se explicaría también así la prudencia giscardiana cuando de solventar asuntos relacionados con Gaddafi se trata.

Quizá por estimar poco clara la cuestión de las garantías francesas —al fin y al cabo París ha permitido que fuese derrotado— Hissen Habre, vencido oponente del pro libio Gukuni Ueddei y hoy en el exilio, mientras prepara su contraofensiva no vuelve los ojos hacia los viejos amigos galos, sino que, contando con el apoyo del Presidente egipcio Sadat, intenta reagrupar a los tres millones de guerrilleros que le han permanecido fieles, y espera obtener los suministros necesarios de las fuerzas norteamericanas estacionadas en Egipto. Contando con la frontera sudanesa como «santuario», Habre espera, según consejo de sus asesores cairotes, poner en pie una lucha de guerrillas muy móviles, al estilo del Polisario en el Sáhara, para llevar de nuevo al guerra al interior del Chad. Para esta campaña, Habre y Sadat cuentan con obtener el apoyo entusiasta de Ronald Reagan, solicitado en debida forma a raíz de la reciente visita de Kissinger a El Cairo.

La crisis del Chad no ha terminado. Por el contrario, es ahora cuando entra en su fase más peligrosa.

FIN DE LA SERIE

Arturo PEREZ-REVERTE,
enviado especial

